

Amor, desamor
y otros divertimentos



[9]

Amor, desamor y otros divertimentos

Joaquín Leguina

© Joaquín Leguina, 2016
© de esta edición, EDICIONES CÁLAMO, 2016

ISBN: 978-84-96932-98-2
Dep. Legal: P-40/2016

Imagen de cubierta: *Reine de joie* (1892), de Henry de Toulouse-Lautrec (detalle)
Corrección de pruebas: BEATRIZ ESCUDERO
Impresión: GRÁFICAS ZAMART (PALENCIA)

Printed in Spain - Impreso en España

Edita: EDICIONES CÁLAMO
Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F
34005 PALENCIA (España)
Tfno. y fax: (+34) 979 70 12 50
contacto@edicionescalamo.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

11 UNA EXPLICACIÓN

PARISINA

- 15 La primera vez que vi París
21 Poco antes de que todos nos hiciéramos
notarios
27 Una noche del 46
33 ¿Por qué Céline?
35 Una vida perdularia
37 Un recuerdo para tres escritores: Camus,
Duras, Beauvoir

INVITACIÓN A LA LECTURA

- 49 El placer de la lectura
55 Miradas foráneas sobre *El Quijote*
61 Ideología, literatura y política
75 El marinero
77 Aniversario
81 En busca de Verlaine
85 Sobre Francisco Umbral

DE LA CIENCIA Y OTROS JUEGOS EDUCATIVOS

- 93 Un hermoso juego
99 El hijo pródigo

- 103 Un empleado en la oficina de patentes
111 Una genio polaca
115 Dietas
119 La necedad contagiosa

CIVILIZACIÓN

- 123 Decir civilización es lo mismo que decir ciudad
131 La palabra de Dios
137 Modernidad y tolerancia
143 Nostalgia y destino
149 Muerte y optimismo
151 La necedad y el mal. Una pareja de hecho
157 Una moral sin deberes

EROS

- 161 De amores e infidelidades
169 La primavera y sus redondos frutos
173 El león maltrecho
175 Granítica proeza
177 Desmesuras
179 Tenemos que hablar
181 El ascensor

QUE TRATA DE ESPAÑA

- 185 El exilio y el reino
191 El Deseado
195 Viaje con José María Ridaó
201 Catalanadas
205 De la tortura en el siglo XXI: los aeropuertos

RAROS Y EMINENTES

- 215 Churchill
- 219 El serafín de chocolate
- 221 María Callas, una vida desgraciada
- 227 Las mariposas de Nabokov
- 229 Giordano Bruno
- 231 «El cónsul de Sodoma»
- 235 Un genio tranquilo
- 239 Luis Cernuda

PERIODISTAS

- 247 Las estadísticas en los medios de comunicación
- 259 Encuestas electorales
- 269 Falacias
- 277 Prohibido blasfemar o hablar de política
- 281 La solución final
- 287 Ahora el apocalipsis
- 293 Fabulación y confabulación

UNA EXPLICACIÓN

Estimado lector, el libro que tiene en sus manos no es una novela y tampoco es un ensayo. Es una miscelánea, es decir, una mixtura, una ensaladilla rusa o, mejor, un «pisto manchego» (menos indigesto, pues no lleva mayonesa), pero el «pisto» que el autor ha cocinado para usted lleva dentro cantidades variables de ajillo y de guindilla, picantes propios de la ironía o del sarcasmo, que de todo hay en este variado menú.

A muchas de estas ofertas comestibles se les ha añadido cantidades moderadas de miel, dulzura (no exenta de cierto sabor a limón) que siempre trae consigo ese diosencillo que armado de flechas (lo cual demuestra su voluntad de herir) recibe el ambiguo nombre de Amor. No es solo una querencia del autor, esa de Eros, es la convicción de que un libro sin algo de Eros dentro resulta, a la postre, como un jardín sin flores y, aunque los jardines japoneses no dejan de ser bellos, uno prefiere la vida de las flores. Sobre todo si se trata de *Las flores del mal*.

Este «pisto» contiene reflexiones, relatos, experiencias, escritos variados que el autor ha querido presentar agavillados en capítulos, cuyos títulos indican al lector el asunto en torno al cual se han reunido las distintas aportaciones.

El lector, probablemente, sabe que quien esto escribe ha dedicado años (demasiados) a la «cosa pública», tanto como actor como en el ingrato papel de analista. Pues bien, poco o nada se encontrará aquí referido a esos oficios míos. He preferido la literatura, las anécdotas, las reflexiones personales de un convencido combatiente contra lo «políticamente correcto».

Entretener y deleitar son los objetivos de este libro. Un texto al cual el lector puede meter el diente por donde desee, pues no sigue ningún argumento totalizador ni se defienden en cadena tesis, más o menos ligadas.

Que usted lo pase bien con esta lectura. Es mi único deseo.

PARISINA

LA PRIMERA VEZ QUE VI PARÍS

Durante mi último viaje a París, quizá por haber recalado en la Cité Universitaire y haberme paseado por el Barrio Latino, recordé al joven que yo era en la mitad de los años sesenta. No ha sido un recuerdo nostálgico o amargo, pero me ha dejado perplejo.

El metro de París era entonces –y lo sigue siendo– un mirador privilegiado, un escaparate donde contemplar al «francés medio», que hoy se ve rodeado de un magma de razas y colores que la inmigración postcolonial ha arrastrado hacia el Sena. Abundan mucho más que antaño los africanos, tanto del Magreb como del África subsahariana. También son numerosos los rasgos orientales y los precolombinos del Perú, Ecuador o Bolivia. Estos últimos apenas existían cuando yo viví en París.

Pero no fue esa la causa de mi perplejidad (al fin y al cabo, Madrid camina a toda prisa hacia un paisaje humano bastante parecido), sino otra: en el metro volví a fijarme en ese «francés medio», un varón de cabello entrecano que aún recuerda su pasado rubio; el portafolios depositado en el suelo mientras hojea un *rapport*. El hombre tiene aire de ir o de venir de la oficina. También vi a una mujer de piel sonrosada, delgada, pero con pechos abundantes y un cuerpo que aparentaba resistir los ataques de la edad bajo su gabardina azul. Llevaba gafas esta mujer y debajo de ellas, junto a sus ojos, habían aparecido esas arru-

guillas llamadas patas de gallo. Quizá venía de ver escaparates, de una cita furtiva o, simplemente, de dar un paseo en solitario. También estaba allí otro señor: elegante, con sombrero de fieltro y un abrigo bien cortado, que miraba ensimismado mientras parecía pensar: «Qué hago yo aquí entre esta zafia gente». No sé bien por qué, pero este hombre tenía aspecto de practicar el golf—o quizá el tenis— con el único fin de mantener su estómago planchado, o por mover con rapidez sus largas piernas de normando en beneficio de su corazón. He visto, en suma, esa pulcritud de la mediana edad francesa que tanto me entretenía y admiraba cuando, con veintipocos años, en ese mismo ferrocarril subterráneo, imaginaba yo el estatus social de la gente en función de las canas, de la textura de la piel, de la ropa y, por supuesto, del tono de sus voces, que apenas se hacía audible para musitar al salir del coche al andén el obli-gado *pardon*.

Están ahí... allí siguen. Son los mismos con quienes tantos años atrás me crucé. Pero necesariamente son otros. Estos tendrían entonces, forzosamente, un aspecto adolescente bien distinto del actual. Y, sin embargo, parecería que quienes ahora observo han venido a sustituir por el solo impulso del tiempo a otros iguales que ellos.

El metro parisino se convierte, bajo esta perspectiva, en el espejo inmóvil de los días. Un tiempo estanco, empecinado en mostrar la permanencia, lo contrario de lo que expresó el filósofo de Éfeso al afirmar que «nadie se baña dos veces en el mismo río».

Soy consciente, obvio es decirlo, de que ellos, mis vecinos de metro, no veían ya en mí al joven desastrado, con pantalón de pana adquirido en el *marché aux puces*, jersey de lana mejicana y botas de corte militar... que eran las prendas que yo vestía entonces. Me ven embutido en una gabardina forrada y de

marca, debajo de la cual asoman unos pantalones de franela con raya bien planchada. Mi cabeza cubierta con un sombrero de fieltro que deja ver un cabello completamente blanco y en mi mano izquierda unos guantes de piel... Perciben en mí a uno de los suyos y no al *jeune metequé* que yo era muchos años atrás. Y esa percepción que noto en sus miradas... me preocupa. He envejecido, lo sé y lo sufro sin falsas componendas, sin frases edulcoradas, como esas que tanto se repiten: «La vejez suministra muchos goces», «hay que saber envejecer»... y otras sandeces parecidas.

En fin, a lo que iba: quien se mira en el espejo de los días, ¿es uno mismo o son los demás? Quizá venga a pelo ahora una cita:

La autobiografía que se postula como posible es la autobiografía devanada de los otros, la personalidad propia en tanto que deriva de las huellas que imprimieron los que ya no están. Nuestro recuerdo no es más que un hilván, cosido con el hilo de aquello que éramos...

Pero esta de la cita es una visión literaria y sentimental, porque es la vida quien crea el tiempo y no al revés. Es ahí donde descansa el papel creativo, irrepitable, del tiempo. El tiempo que construye, destruyéndonos, «el tiempo que es el fuego en el que ardemos».

Pero vayamos a la Gare d'Austerlitz, una fría y desangelada mañana de noviembre (1965), cuando bajé del tren.

En lugar de tomar el metro que —dos estaciones mediante— me hubiera dejado en la Place Maubert, a dos pasos del Hotel des Carmes, que era el lugar al que me dirigía, me subí a un taxi y me bajé de él en esa plaza, en la Place Maubert. Allí, cargado con una pesada maleta, me quedé como un pasmarote, frente a la estatua de Etienne Dolet, un impresor hereje quemado por

la Inquisición en tiempos de Francisco I. El París revolucionario había levantado muchos años después un monumento en su honor: «Non dolet ipse Dolet, sed pia turba dolet».

El plano que traía en el bolsillo interior del abrigo señalaba la Rue des Carmes a dos pasos de donde estaba y no fue difícil dar con ella ni con el letrero del hotel. Ya había comprobado durante el viaje el excesivo peso de la maleta (¿quién me habría mandado meter en ella una docena de libros?) y lo volví a sufrir subiendo la cuesta que forma el primer tramo de la calle que desemboca en la Rue des Écoles. Rue des Carmes que tomó su nombre de un convento ya desaparecido de carmelitanos.

El hotel estaba frente a un restaurante marroquí frecuentado —como no tardé en comprobar— por Jean Paul Sartre, que allí acudía acompañado de una hermosa y joven alumna, que el ya maduro pensador había hecho su amante. Eso se supo años después, cuando tras la muerte de la Beauvoir las intimidades eróticas de «la pareja» salieron con escándalo a la luz pública.

Cuando entré en el hotel, Carlos Romero y otros becarios españoles estaban desayunando en el diminuto refectorio alejados a la recepción. Ellos me presentaron como un becario más a la señora que se ocupaba de la administración de aquella casa, quien, de inmediato, tomó mis datos y me asignó una *chambre* en el cuarto piso. Cuando la mujer me solicitó *la carte* de becario, mis acompañantes le indicaron mi condición de recién llegado y que esos trámites los realizaría yo más tarde.

Desgraciadamente, aún estaba lejos de alcanzar la privilegiada condición de *boursier*. De ello me di cuenta cabal cuando esa misma tarde, acompañado de una compatriota —que ya había accedido a ese estatus—, me acerqué a las oficinas de la Astef donde me dijeron que mi caso distaba de estar resuelto. En otras palabras, que me encontraba en París con una mano delante y otra detrás.

El Instituto de Demografía (IDUP), dependiente de la Sorbona, tenía su sede en la Rue Cujas. Me veo entrando en ese pequeño edificio de tres plantas en compañía de otro montañés de Liérganes, José Ramón Rapado, becario, como yo aspiro a ser, y ya matriculado, por lo tanto, conoce a Mde. Quilliot, factótum administrativo de la casa. Mde. Quilliot era una mujer alta y algo gruesa, con aires de alsaciana, que desprendía poderío y tenía «la cara del que sabe».

Un becario de la ASTEF no solo tenía derecho a matricularse sin trámites previos, también estaba exonerado del pago de las tasas. Pero Mde. Quilliot requiere mis papeles... y esta vez es Rapado quien, según lo acordado, le dice a la mujer que están en tramitación. Y por extraño que parezca, ella, sin añadir palabra, me da el carnet de alumno con la foto que le acabo de entregar ya pegada a él. Eso sí, al verme tan poco dispuesto a pronunciar una sola palabra en francés, se dirige a Rapado y le informa: «Debo señalarles que en nuestro Instituto –hasta ahora– no ha conseguido aprobar ningún alumno que no fuera francófono». Mde. Quilliot lo dice con aires de advertencia. Mis magros conocimientos de francés me permiten entender el aviso y con un desparpajo, que no se compadecía con mi lastimosa condición, le susurro a Rapado: «Dile que yo seré el primer no francófono en aprobar aquí»... y él se lo traduce. Ella nos sonrío y se lo toma a broma... cuando, a final de curso, yo sea uno de los dos o tres no francófonos que consigamos superar las pruebas del primer año, Mde. Quilliot me lo recordará tan sonriente como lo estuvo esa primera vez.

Evocando esa anécdota de joven prepotente frente a la jefa administrativa del IDUP, me doy cuenta de que mi timidez –a la que tanto me ha costado y me cuesta vencer– estuvo acompañada durante muchos años de una convicción optimista acerca de mis posibilidades de alcanzar cualquier objetivo que

me propusiera. Creo que, en mi fuero interno, durante aquellos años pensaba que bastaba con que yo quisiera llegar a una meta para que esta se me hiciera accesible. Un optimismo que, a menudo, se vio apoyado por la suerte, la tenacidad o sabe Dios qué otros astros favorables y por eso se mantuvo incólume hasta que la realidad acabó por mostrarse, tras múltiples tropiezos, menos propicia. No es que me creyera más inteligente o más laborioso que los demás (nunca fui tan necio) y, como es obvio, tampoco había nacido con una flor en el trasero..., entonces, ¿por qué estaba tan seguro de alcanzar lo que me proponía? ¿Se trataba tan solo –como ahora se dice– de una actitud positiva ante la vida? Tiendo a pensar que solo era una pretenciosidad que, por suerte, resultó pasajera.